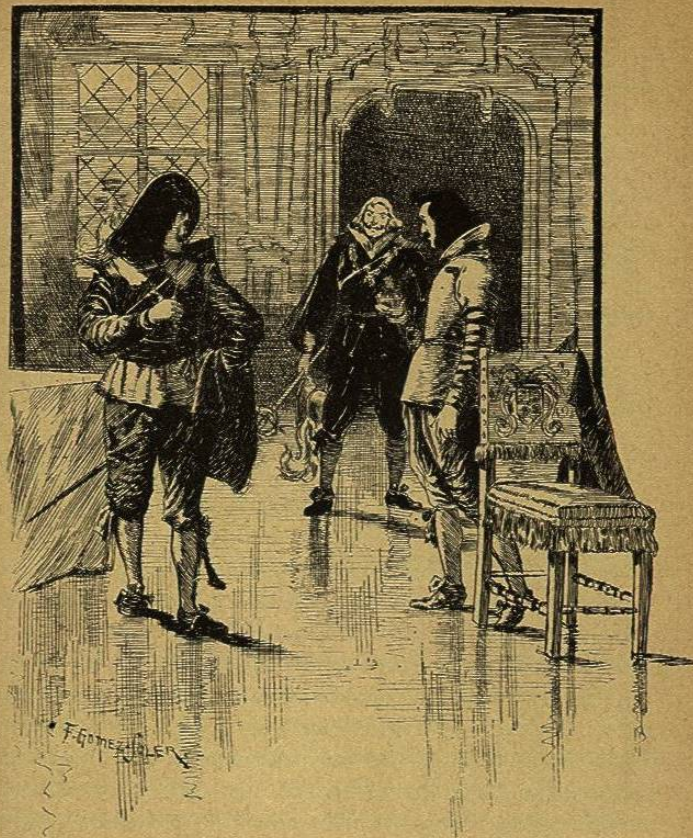


PERSONAJES

RUY BLAS.
DON SALUSTIO DE BAZÁN.
DON CÉSAR DE BAZÁN.
DON GURITAN.
EL CONDE DE CAMPO-REAL.
EL MARQUÉS DE SANTA CRUZ.
EL MARQUÉS DEL BASTO.
EL DUQUE DE ALBA.
EL MARQUÉS DE PRIEGO.
DON MANUEL ARIAS.
MONTAZGO.
DON ANTONIO UBILLA.
COVADONGA.
GUDIEL.
UN LACAYO.
UN ALCALDE.
UN HUJIER.
UN ALGUACIL.
DOÑA MARÍA DE NEUBURGO, reina de España.
LA DUQUESA DE ALBURQUERQUE.
CASILDA.
UNA DUEÑA.
UN PAJE.
DAMAS, CABALLEROS, CONSEJEROS, PAJES, DUEÑAS, ALGUACILES,
GUARDIAS Y HUJIERES.

Madrid, 169.....



ACTO PRIMERO

DON SALUSTIO

El salón de Danae en el palacio real de Madrid. Mobiliario magnífico, al gusto semi-flamenco de la época de Felipe IV. A la izquierda, ventana grande con marco dorado y cristales pequeños; á cada lado una puertecilla que comunica con alguna habitación interior; en el fondo, galería de cristales con puerta grande; esta galería atraviesa todo el teatro, y está ocul-

ta por inmensos cortinajes. Una mesa, un sillón y recado de escribir.

Don Salustio entra por la puertecilla de la izquierda, seguido de Ruy Blas y de Gudiel, que lleva una maleta y algunos paquetes, como si fuera de viaje. D. Salustio viste traje de terciopelo negro al estilo de la corte de Carlos II, ostentando en el cuello el Toisón de oro; lleva ferreruelo muy rico, de terciopelo claro, bordado de oro y con forro negro de seda; espada con empuñadura de cazoleta, y sombrero con plumas blancas. Gudiel viste también de negro, y lleva espada. Ruy Blas va de lacayo: calzón corto, jubón pardo, galones de oro y la cabeza descubierta. Sin espada.

ESCENA I

DON SALUSTIO DE BAZÁN, GUDIEL y RUY BLAS

D. SALUSTIO.—Ruy Blas, cerrad la puerta y abrid esa ventana. (*Ruy Blas obedece, y á una señal de D. Salustio sale por la puerta del fondo, mientras éste se dirige á la ventana.*) Aún duermen todos aquí, pero ya despunta el alba. (*Se vuelve bruscamente hacia Gudiel.*) ¡Ah, ha sido un rayo!... Sí, mi reinado ha concluido, Gudiel... Estoy en desgracia; me han expulsado! Ah! perderlo todo en un día! La aventura es aún secreta; no hables de ello. ¡Y todo por amoríos con una doncella, hartos impropios á mi edad, convengo en ello! Sedúcida! Vaya una desgracia! Porque esa muchacha es camarista de la reina y vino con ella de Neuburgo, reclama contra mí; presenta á su hijo en la cámara real; se me ordena casarme, rehusó y me destierran. ¡Sí, me destierran! ¡He aquí el desenlace al cabo de veinte años de incesante trabajo día y noche, de veinte años de ambición, después de haber sido alcalde de casa y corte, cuyo nombre no pronunciaba nadie sin temor, y jefe de la casa de Bazán! ¡Mi crédito, mi poderío, todo cuanto soñaba, cargos, empleos, honores, todo

se hunde en medio de las carcajadas de la multitud!

GUDIEL.—Nadie lo sabe aún, señor.

D. SALUSTIO.—No, pero lo sabrán mañana, aunque afortunadamente ya estaremos en camino. No quiero caer; desapareceré. (*Se desabrocha violentamente el jubón.*) Siempre me oprimes como si fuese una dama, y yo me ahogo, amigo mío. (*Se sienta.*) ¡Oh! quiero abrir un subterráneo profundo y lóbrego sin que nadie lo eche de ver. ¡Desterrado! (*Se levanta.*)

GUDIEL.—¿De dónde viene el golpe, señor?

D. SALUSTIO.—De la Reina. ¡Oh! me vengaré, Gudiel. Tú que has sido mi maestro, y que desde hace veinte años me ayudaste y serviste en las cosas pasadas, bien sabes hasta dónde alcanzan mis proyectos en la sombra, así como el hábil arquitecto conoce la profundidad del pozo que socavó. Me marchó; quiero ir á Castilla, á mis dominios, y allí meditaré mis planes. ¡Y todo esto por una muchacha! Ocupate tú de los preparativos del viaje, porque la cosa urge. Entre tanto, diré dos palabras al individuo que ya sabes, aunque ignoro si me podrá servir. Hasta la noche soy el amo aún, y te aseguro que me vengaré. No sé cómo, pero ha de ser ruidosamente. Vamos, vé á ocuparte de los preparativos, y despacha. Sobre todo, silencio. Tú marcharás conmigo. (*Gudiel saluda y sale. D. Salustio llama.*) ¡Ruy Blas!

(*Ruy Blas se presenta en la puerta del fondo.*)

RUY BLAS.—Señor?

D. SALUSTIO.—Como ya no he de dormir más en palacio, es preciso dejar las llaves y cerrar los postigos.

RUY BLAS (*inclinándose*).—Está bien, señor.

D. SALUSTIO.—Escucha: la Reina pasará por la galería cuando se dirija á su cámara después de oír misa, de aquí á dos horas. Es preciso que estés allí, Ruy Blas.

RUY BLAS.—No faltaré, señor.

D. SALUSTIO (*en la ventana*).—¿Ves aquel hombre que pasa por la plaza y enseña á la guardia un papel? Sin decir palabra hazle señas para que suba por la escalera secreta. (*Ruy Blas obedece; D. Salustio sigue mostrándole la puertecilla de la derecha.*) Antes de marcharte, mira si se hallan en esa estancia los agentes de policia, y si están despiertos los tres alguaciles de servicio.

RUY BLAS (*se dirige á la puerta, la entreabre y vuelve*).—Duermen, señor.

D. SALUSTIO.—Habla en voz baja. Te necesitaré; no te alejes mucho, y entre tanto vigila para que no nos molesten los importunos.

(*Entra D. César de Bazán: lleva el sombrero abollado, capa andrajosa, que no deja ver de su traje sino las medias desarrugadas y los zapatos rotos, y espada de matón. En el momento de entrar, D. César y Ruy Blas se miran y hacen á la vez un ademán de sorpresa.*)

D. SALUSTIO *aparte y observándolos*.—¡Se han mirado! ¿Si se conocerán? (*Ruy Blas sale.*)

ESCENA II

D. SALUSTIO, D. CÉSAR

D. SALUSTIO.—¡Hola! ¿Ya estáis aquí, bandido?

D. CÉSAR.—Sí, primo; heme aquí.

D. SALUSTIO.—¡Fortuna es ver á semejante truhán!

D. CÉSAR (*saludando*).—Me complace.....

D. SALUSTIO.—Caballero, conocemos vuestras trapisondas.

D. CÉSAR (*con aire risueño*).—¿Y os agradan?

D. SALUSTIO.—Sí, son muy meritorias. La otra noche, la víspera de Pascua, robaron á D. Carlos de Mira; quitáronle su acero, de vaina cincelada, y el colete;

pero como es caballero de Santiago, los ladrones le dejaron la capa.

D. CÉSAR.—¡Santo cielo! ¿Y por qué?

D. SALUSTIO.—Porque lleva bordada en ella la cruz roja. Pero ¿qué os parece la algarada?

D. CÉSAR.—¡Ah diablo! Digo que vivimos en un tiempo temible. ¿Qué será de nosotros, Dios mío, si los ladrones se atreven con Santiago y hacen con él de las suyas?

D. SALUSTIO.—¡Entre ellos estabais!

D. CÉSAR.—¡Pues bien, sí! Con ellos estaba, ya que es preciso hablar; pero yo no toqué á vuestro don Carlos, y sólo dí algunos consejos.

D. SALUSTIO.—Aún hay más. Anoche, en la plaza Mayor, varios hombres de mala traza que salían de un lupanar espantoso, atacaron de improviso á la ronda. También estabais con ellos.

D. CÉSAR.—Primo mío, siempre tuve á menos atacar á los corchetes. Ciertamente que estaba allí; pero mientras se distribuían las estocadas, yo componía versos debajo de los arcos. A decir verdad, se zurraron de lo lindo.

D. SALUSTIO.—No es eso todo.

D. CÉSAR.—¿Qué más hay?

D. SALUSTIO.—Entre otros actos, se os acusa de haber abierto en Francia, sin llave, con ayuda de vuestros compañeros, las cajas reales.

D. CÉSAR.—No digo que no. Francia es país enemigo.

D. SALUSTIO.—En Flandes encontrasteis á un tal Pablo Barthelemy, que llegaba de Mons con el producto de los diezmos del clero, y sin reparo alguno osasteis apoderaros de los fondos que conducía.

D. CÉSAR.—¿En Flandes? Puede ser muy bien, porque he viajado mucho. ¿Es eso todo?

D. SALUSTIO.—Don César, al rostro me sube el rubor de la vergüenza cuando en vos pienso.

D. CÉSAR.—Bueno, dejadle que suba.

D. SALUSTIO.—Nuestra familia...

D. CÉSAR.—No hablemos de ella, porque en Madrid sólo vos conocéis mi nombre.

D. SALUSTIO.—Una marquesa me decía hace poco, al salir de la iglesia: «¿Quién es ese bandido que va por allí, mirando á todas partes con aire arrogante, apoyada la mano en la cadera y el ojo avizor? ¿Quién es ese hombre, más andrajoso que Job y más altivo que Braganza, que lleva deshilachados los puños, la capa hecha girones, y en vez de la espada de caballero una tizona de espadachín?»

D. CÉSAR (*dirigiendo una ojeada sobre su traje*).—Constaríais que era el buen Zafari.

D. SALUSTIO.—No; me sonrojé de vergüenza.

D. CÉSAR.—Pues la dama sonrió. A mí me gusta mucho hacer reír á las mujeres.

D. SALUSTIO.—No os acompañáis más que con infames espadachines.

D. CÉSAR.—¡Clérigos y estudiantes, humildes como corderos!

D. SALUSTIO.—Por todas partes se os ve con mujerzuelas.

D. CÉSAR.—¡Oh! son las diosas del amor, á las cuales rindo culto, y á quienes compongo sonetos por la noche.

D. SALUSTIO.—En fin, ese Matalobos, ese ladrón que está asolando á Madrid á pesar de nuestra policía, es también amigo vuestro.

D. CÉSAR.—Razonemos, si os place. Sin ese hombre, yo estaría desnudo, lo cual no sería decente, primo mío. Una noche del mes de Diciembre, viéndome en la calle casi sin ropa, se conmovió.—Al duque de Alba, ese fatuo perfumado, le robaron, hace un mes, su hermoso jubón de seda...

D. SALUSTIO.—¿Y qué más?

D. CÉSAR.—Ahora le llevo yo; Matalobos tuvo á bien dármele.

D. SALUSTIO.—¡El jubón del duque! ¿Y no os avergonzáis?...

D. CÉSAR.—Nunca me avergonzaré de llevar tan buen jubón, ricamente bordado, que me abriga en invierno y me hermosea en verano. Miradle, está nuevo. (*Entreabre su capa y muestra un magnífico justillo de seda de color de rosa bordado de oro.*) He hallado en esta prenda un centenar de billetes amorosos dirigidos al duque. Siempre pobre, y con frecuencia enamorado, si en alguna calle entreveo una cocina, de la cual se exhalan aromas succulentos, siéntome cerca, leo las cartitas del duque, y así engaño á la vez el estómago y el amor.

D. SALUSTIO.—¡Don César!...

D. CÉSAR.—Primo mío, dejaos de reprensiones. Ciertamente soy un gran señor, y deudo vuestro; me llamo don César, conde de Garofa; pero véome reducido á la miseria. Yo era rico; tenía palacios, posesiones y rentas; mas antes de cumplir los veinte años, todo me lo había comido, y de mis cuantiosos bienes, verdaderos ó falsos, sólo me quedaba una legión de acreedores que me acosaban sin cesar. No tenía más remedio que huir y cambiar de nombre; y ahora no soy más que un alegre compañero, llamado Zafari, á quien nadie puede comprometer excepto vos. Vos no me dais un cuarto, ni tampoco os lo pido. Por la noche duermo sobre la dura piedra, á la puerta de un palacio, teniendo por techó la celeste bóveda; y así soy feliz, pues todo el mundo me cree en la India, ó tal vez muerto. En la fuente más próxima apago la sed, y después me paseo con aire arrogante. Mi palacio, donde en otro tiempo voló mi dinero, pertenece ahora al nuncio de Espínola; pero no importa. Cuando por casualidad llego hasta allí, doy consejos á los operarios del dueño, que se ocupan en esculpir un Baco sobre

la puerta. Ahora ya lo sabéis todo. Prestadme diez escudos.

D. SALUSTIO.—Escuchadme...

D. CÉSAR (*cruzándose de brazos*).—Veamos ahora vuestro estifó.

D. SALUSTIO.—Os he hecho venir para seros útil, César. Yo, poderoso y sin hijos, veo con sentimiento que os arrastran al abismo, y quiero libraros de él. Aunque indiferente á todo, sois desgraciado, y por lo mismo me propongo pagar vuestras deudas, devolver vuestros palacios, introducirlos en la corte para que volváis á ser un caballero, embeleso de las damas. Desaparezca para siempre Zafari, y sustitúyale don César. Quiero que de mi caja toméis cuanto os conviniere, sin temor, á manos llenas, sin ocuparos del porvenir. Cuando se tienen parientes, preciso es sostenerlos, César, y mostrarnos compasivos con nuestros deudos...

(*Mientras que D. Salustio habla, el rostro de D. César expresa cada vez mayor asombro, alegría y confianza, y al fin no puede reprimirse.*)

D. CÉSAR.—Siempre habéis tenido un talento endiablado, y á fe mía que sois muy elocuente. Continúad.

D. SALUSTIO.—César, no os impongo sino una condición... Voy á explicarme. Por lo pronto tomad mi bolsa.

D. CÉSAR (*cogiendo la bolsa que está llena de oro*). ¡Ah! Esto es magnífico.

D. SALUSTIO.—Y además voy á daros quinientos ducados.

D. CÉSAR (*deslumbrado*).—¡Marqués...

D. SALUSTIO.—Desde hoy...

D. CÉSAR.—¡Pardiez! soy del todo vuestro en cuanto á las condiciones. Mandad; mi espada está á vuestra disposición, y soy vuestro esclavo. Si os place, hasta iré á cruzar el acero con Lucifer, rey de los infiernos.

D. SALUSTIO.—No, no acepto vuestra espada; tengo mis razones para ello.

D. CÉSAR.—¿Qué deseáis entonces? Apenas tengo nada más que ofrecer.

D. SALUSTIO (*acercándose á él y bajando la voz*).—Vos conocéis, y en esta ocasión es muy conveniente, á todos los perdidos de Madrid.

D. CÉSAR.—Me lisonjeáis, primo mío.

D. SALUSTIO.—Siempre os acompaña toda una cuadrilla, y en caso necesario os sería fácil promover un motín. Todo esto podría servirnos.

D. CÉSAR (*soltando la carcajada*).—A fe mía que estáis haciendo un drama. ¿Qué parte me confiaréis en la obra? ¿Será el poema ó la sinfonía? De todos modos mandad; pero mi fuerte es el sainete.

D. SALUSTIO.—Hablo á D. César, y no á Zafari. (*Bajando la voz cada vez más*). Escucha. Necesito alguien que trabaje á mi lado en la sombra, á fin de preparar un gran acontecimiento. Yo no soy perverso, pero hay ocasiones en que el más delicado, desvergonzándose al fin, ha de hacer cosas feas. Tú serás rico; para ello sólo te impongo por condición que me ayudes en silencio á tender un lazo, una red oculta, como hacen los cazadores por la noche; pero no para coger una aveci-lla. Es preciso que por un plan bien combinado y terrible me sea dado vengarme. Pienso que no serás escrupuloso...

D. CÉSAR.—¿Vengaros?

D. SALUSTIO.—Sí.

D. CÉSAR.—¿De quién?

D. SALUSTIO.—De una mujer.

D. CÉSAR (*irguiéndose y mirando á D. Salustio con altivez*).—¡Alto ahí! no me digáis una palabra más. En este punto, voy á deciros, primo mío, cuál es mi modo de pensar. Todo aquel que vil y traidoramente se venga de una mujer débil cuando tiene derecho á llevar es-

pada, y que nacido caballero, obra como alguacil, ese, aunque fuese el rey de Castilla, aunque ciñera cien coronas, aunque se titulase conde y duque ó marqués, y descendiera de la más noble familia, no será para mí más que un vil y cobarde, á quien quisiera ver colgado de una horca en castigo de su felonía.

D. SALUSTIO.—¡ César!...

D. CÉSAR.—No añadais una palabra; me ultrajáis. (*Arroja la bolsa á los pies de D. Salustio.*) Guardad vuestro secreto, y con él vuestro dinero. ¡ Ah! Comprendo la matanza, el robo y el saqueo; comprendo que en noche oscura se asalte, hacha en mano, algún castillo, y que con cien bandoleros se mate sin compasión; entonces todos hieren y gritan, cual verdaderos bandidos; ojo por ojo, diente por diente, hombres contra hombres. Comprendo todo esto; pero que se atraiga suavemente á una mujer para aniquilarla, tendiendo á sus pies odioso lazo, á fin de abusar tal vez de su honor; apoderarse de una pobre avecilla que canta alegre, valiéndose de un medio infame... ¡ Oh! ¡ antes que llegar á esta deshonra, antes que ser rico y poderoso á semejante precio, preferiría, y aquí lo digo ante Dios, que ve mi alma, que un perro corroyese mi cráneo clavado en la picota!

D. SALUSTIO.—Primo...

D. CÉSAR.—De vuestros beneficios no necesito disfrutar mientras que halle agua en las fuentes, espacio libre en los campos, y en la ciudad un ladrón que me vista en invierno. A fe mía que olvidaré la prosperidad pasada mientras pueda dormir tranquilo á la puerta de vuestros soberbios palacios, sin temor de que me despierten. Adiós, pues; Dios sabe cuál de los dos es el mejor. Con vuestros cortesanos quedad, don Salustio, mientras yo vuelvo con mi canalla, con los lobos, no con las serpientes.

D. SALUSTIO.—Un momento...

D. CÉSAR.—¡ Vamos! abreviemos la entrevista; si traéis de prenderme, ordenadlo de una vez.

D. SALUSTIO.—Muy bien; creía, César, que estabais más endurecido; la prueba ha sido buena, y favorable para vos. Estoy contento; venga esa mano, os lo ruego.

D. CÉSAR.—¡ Cómo!

D. SALUSTIO.—Todo esto no pasa de una broma. Cuanto he dicho ha sido para probaros, y nada más.

D. CÉSAR.—Me hacéis soñar despierto. La mujer, esa trama, esa venganza...

D. SALUSTIO.—¡ Pura invención, sueños y quimeras!

D. CÉSAR.—¡ Perfectamente! ¿ Y el ofrecimiento de pagar mis deudas es quimera también? ¿ Es un sueño lo de los quinientos ducados?

D. SALUSTIO.—Voy á buscarlos ahora mismo.

(*Se dirige á la puerta del fondo, y hace seña á Ruy Blas para que se quede.*)

D. CÉSAR (*aparte, en el proscenio, y mirando á D. Salustio de reojo.*).—¡ Hum! cara de traidor; cuando la boca dice sí, la mirada parece decir: veremos.

D. SALUSTIO (*á Ruy Blas*).—Permaneced aquí, Ruy Blas. (*A D. César*). Vuelvo al punto.

(*Sale por la puertecilla de la izquierda, y apenas desaparece, D. César y Ruy Blas corren el uno hacia el otro.*)

ESCENA III

D. CÉSAR, RUY BLAS

D. CÉSAR.—A fe mía que no me engañaba. ¡ Tú aquí, Ruy Blas!

RUY BLAS.—¿ Eres tú, Zafari? ¿ Qué haces en este palacio?